

UMBRAL DE LAS TINIEBLAS

de Carlos M. Federici

79. UN MINUTO ANTES DEL FIN



NO PODRÍA decir, ni aún forzando la mente para revivir sensaciones tan violentas que en su momento arrasaron con toda mi estructura intelectual, cómo me sentí en realidad cuando me detuve frente a la puerta de Verna Nadasdy (¿o de algún ente abominable?) con la pequeña redoma apretada en un puño sudoroso, dentro de mi bolsillo... El corazón me palpitaba con tal ímpetu que se me ocurrió inclusive que el grabador que llevaba oculto podría llegar a captar su agónico latir.

¿Cómo me *sentía*, en realidad? De nuevo, algún proceso cerebral, por cierto misericordioso, debe de haberse encargado de emborronar aquellas impresiones en mi memoria, para beneficio de mi razón.

Golpeé.

—¿Quién...? —La dulzura de su voz casi me hizo saltar lágrimas. ¿Podría ser posible que...?

—Yo... —barboté—. Héctor.

—Ya te abro.

EL CHIRRIDO de la puerta fue como un intencionado preámbulo de lo que habría de venir. Sentí la angustiada evidencia de un trozo de vacío dentro del estómago. Sin transición, los adorables rasgos de ella se expusieron a mis ojos.

Mi resolución estuvo a punto de convertirse en migajas. Por un instante se alzó todo mi ser, inflamado del afán irresistible de gritarle una advertencia...; pero el impulso murió, sofocado por un tentaculado monstruo retorcido y oscuro que surgió de mis entrañas.

¿Y si ella siempre me hubiese estado engañando..., si ahora mismo se estuviese riendo interiormente de mi candidez?... Me sentí despojado de todo, endurecido tan sólo por una inexorable y ciega determinación.

—Pasa, mi amor.

E NTRÉ, y su cuerpo frío y maravilloso se arrojó entre mis brazos, contra mí, en mi torno...

—¡Mi vida! —La lujuria de su cabellera me ardió contra la mejilla izquierda. Me abandoné al delicioso suplicio de sus uñas de granate hincándose en mi cuello.

—Verna... Yo...

Su beso de hielo en ascuas se abatió sobre mi boca. Durante largos instantes no tuve capacidades para nada que no fuese sorber ávidamente la avalancha de goce total que me colmó (una vida entera de vacío, recordé; la espera sin esperanza de más de veinte años solitarios..., ¡oh, Dios!, ¿anticipando esto?); luego aquella cosa de tinieblas que se había propagado dentro de mí ennegreció otra vez mi pensamiento: (¿Y si todo fuese una mentira? ¿Si... jugara conmigo?)

Un manojo de voluntades independientes animó mis dedos. La redoma salió del bolsillo, supe que estaba destapada. Y en un instante su contenido se había derramado sobre la que se adhería a mi pecho.

Se desprendió entonces, como tocada por metal incandescente. Imposible describir su grito. Era el clamor inhumano de una entidad sometida a la tortura más inicua que pueda imaginarse. Algo inaudito, gutural, de intensidad rayana en lo intolerable. Apreté las palmas sobre las orejas, con todas mis fuerzas, pero aun así no conseguí aislarme.

—¡Ahh! —exclamé—. ¡Horror!

E L CUTIS, terso y pálido, comenzó a infectarse de una erupción purulenta. Llagas rezumantes, purpúreas, reventaron una tras otra, en horrenda cadena que manchó las suaves mejillas, la frente otrora sin mácula... El voluptuoso labio inferior se retorció como un reptil cocido en el infierno, y asomó la dentadura, ya en acelerado proceso de desintegración total.

—¡Gnnn-gh! —su quejido dejó de ser humano.

Grandes mechones de cabello ceniciento caían perezosos, flotando alrededor de aquel cuerpo que se *disolvía* ante mi vista dentro del sutil peinador negro, pegoteándose a veces, cual macabras guirnaldas, en el pus de las úlceras...

U NA MANO se tendió hacia mí, desde el vórtice mismo de aquel padecimiento inenarrable. Vi con toda claridad cómo los dedos se pudrían y se desprendían, golpeando el piso con ruido sordo al caer.

—¡Dios... mío! ¡No..., no!

Y vi todo el brazo, y tras él la hedionda pasta del cuerpo totalmente corrompido por su base, abatirse sobre el suelo.

—¡Oh, Dios..., Dios!

Pero los ojos —¡horror de los horrores!— aún persistían en su increíble hermosura, marcando un espantoso contraste con la pustulosa masa que los circundaba. Y, mirando cómo me miraba todavía, me llegó aquella voz, deformada, vacilante:

—Héc... tor... Acerca... te...

Fue entonces, al filo de su extinción, ya sobre su mismo fin sobre esta tierra, cuando se operó el prodigio. Extrañas fuerzas, cuyo origen no me atrevería a indagar, y cuyo poder se debe superponer sin duda a cualquier otro, obraron para que aquello ocurriese. Quizás estaba planeado de esa forma..., desde el mismo principio de todo.

Me arrodillé junto a aquel amasijo repulsivo y, sobreponiéndome al hedor que espesaba el aire, pegué el oído a los podridos labios de aquella cosa..., ¡un minuto antes del fin!

(Continúa)

SIGUE: "LA HORA DE PAGAR"... ¡CATÁSTROFE EN EL CASTILLO DE CZETJEY!... ¡POLETTI Y EL BARÓN BATHORY A MERCED DE LA FURIA ALUCINADA DE DOS FIERAS HUMANAS!... ¡PELIGRO Y EMOCIÓN, EN EL MARCO DE OSCURO TERROR QUE REINA EN ESOS ÁMBITOS DE PERDICIÓN!... ¡UN CAPÍTULO DECISIVO!... ¡NO SE LO PUEDE PERDER! ¡VUELVA !

ALGO SOBRE EL AUTOR

Nacido en Montevideo en 1941, Carlos M. Federici debutó en la narrativa en 1961, con el cuento "El Secreto", aparecido en la revista "Mundo Uruguayo" (hoy extinta). Desde 1968 comienza difundir sus relatos policíacos, de fantasía y de ciencia ficción en el mercado internacional, siendo posteriormente traducido a varias lenguas. Es autor de seis novelas,

y

paralelamente ha tenido incursiones en el cómic, habiéndosele otorgado diversos premios en certámenes literarios a lo largo de su trayectoria.

Panorama de su obra en:

<http://urumelb.tripod.com/autores/federici/index.htm>

"El Umbral de las tinieblas" es copyright 1985-2016, Carlos M. Federici.

SI A TI TE INTERESA CONECTARTE CON EL AUTOR AQUÍ ESTÁ SU DIRECCIÓN DE CORREO:

cmfederici@hotmail.com